

¿El pueblo detrás de la máscara?*

SARA C. CRUZ MENDOZA

Un mundo, el mundo que era de los desterrados, de la “barriada”, desde hace varios años ha reclutado muchas miradas, nuevos espectadores, investigaciones que giran a su derredor e incluso aparece ya este mundo como protagonista y paradigma de la nueva literatura. Ante esto surgen de nuevo preguntas ingenuas que para algunas generaciones quedaron ya resueltas hace algún tiempo: ¿los golpes son de verdad?, ¿qué hacen los luchadores fuera de la arena?, ¿qué hay detrás de la lucha libre?, ¿es un deporte o un espectáculo o, tal vez, la combinación perfecta de ambos?

Para nosotros, los periodistas que trabajamos en esta rama del deporte, la lucha libre simplemente es la lucha libre y punto. Una actividad que nos sedujo desde el principio de nuestra carrera y en la que hemos percibido ambientes, secretos, actitudes, pasiones, dinámicas sociales. Es porque se trata de un mundo especial en el que el espectador no cuestiona nada en el momento de la experiencia; son pocas las personas que asisten con dudas en la cabeza y jamás las mantienen en el lapso que dura la función. Hay placer y expectación, drama y gozo y coraje. Explicación: la lucha libre seduce por su esencia y uno se enamora de ella por la mera fe.

Janina Möbius, investigadora de nacionalidad alemana, especialista en las artes escénicas, desenmascara parte de lo que está detrás de la lucha libre en su libro *Y detrás de la máscara... el pueblo*, obra cuyo título lleva un complemento: *Lucha libre, un espectáculo popular mexicano entre la tradición y la modernidad*. La autora se deja conducir por el fenómeno “lucha libre mexicana” y mediante la comparación y el análisis involucra en el fenómeno a las artes escénicas. Es decir, cambia momentáneamente el ring por un escenario y al lucha-

dor lo pone al tú por tú con un actor. Si el gladiador es enmascarado, lo coloca en la vitrina de observaciones ante la tesis de que el uso de su tapa responde a la falta de identidad mexicana; pero si el luchador no posee la incógnita, es el nombre de éste lo que es, tomando con pinzas y desmenuzando para llegar al punto donde el nombre responde a sus semejanzas con personajes ya anteriormente creados en el mundo de la cultura popular. O bien expone algunos elementos de la cultura y, diríamos, de la mitología popular y descubre esas “raíces mexicanas” para generar una identidad con y para el espectador.

Janina Möbius, bajo su visión alemana y, sobre todo, de especialista de las artes escénicas, escribió este libro en su idioma natal en 2004. Para el público mexicano e hispanoparlante surge la traducción de Gonzalo Vélez en esta edición del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, 2007. La investigación debió haber sido realizada cuando menos un año antes, en 2002 y 2003, pues los datos que recopila, vastos y sustanciosos, denotan una amplia observación del fenómeno como tal.

Por muchos Janina Möbius ya fue reconocida como una especialista en lucha libre mexicana y por ello fue invitada para platicar, precisamente sobre su libro, en la que fue la primera exposición-festival de lucha libre organizada por el Museo Universitario del Chopo, el Consejo Mundial de Lucha Libre y el Gobierno del Distrito Federal en 2003.

Las entrevistas contenidas son de gran interés para aquellos aficionados que recuerdan y reconocen el trabajo anterior de grandes figuras como El Tigre Hispano, referee reconocido por el medio-guante que exhibe durante sus apariciones en el ring. Asimismo, surgen testimonios de figuras internacionales como Mil Máscaras, Rayo de Jalisco Jr. o el mismísimo Hijo de El Santo.

El sólo hecho de que vea a la lucha libre desde el punto de vista de la investigación resulta interesante y cautivador para los lectores, sean estos espectadores, periodistas o especialistas en el tema de la cultura popular, tema que tanto atractivo ejerce ahora en el ámbito académico. Las entrevistas, realizadas como parte de la estructura y de la metodología de una investigación, reflejan cierto respeto y objetividad pues le da libre voz a los distintos participantes del deporte en cues-

tión. Esta solución la apreciamos, sobre todo, los cronistas y periodistas de la Lucha Libre pues hemos descubierto que se ha agudizado recientemente, en espacios de la cultura mexicana, cierta curiosidad poco laboriosa y poco meditada sobre las actividades de una clase media baja que desde siempre ha alimentado a manifestaciones artísticas e industriales como la farándula, el teatro popular, la carpa, el cine de la época de oro, la canción romántica, etcétera. Tal pareciera que ahora el investigador, con lupa en la mano, ve a los héroes y verdaderos participantes como si fueran harina de un costal distinto de la historia y de la cultura de México.

Las fotografías elegidas y algunas tomadas por la autora complementan parte del discurso redactado en las 450 páginas, sin alejarse de la pretensión original de la investigación: explicar qué es la lucha libre desde el punto de vista de las artes escénicas.

Sé que para alcanzar una buena investigación se debe delimitar el fenómeno a estudiar, en este caso la lucha libre mexicana, tan llena de elementos que la hacen distinta de otras. Por ejemplo, el público asistente en México resulta verdadero participante: se enciende y a veces se autoatropella, a diferencia del japonés, ya que en Japón los asistentes permanecen sentados en sus butacas disfrutando del encuentro entre los rivales y hasta el final aplauden, bastante parsimoniosamente. En la exposición del contexto mexicano faltan datos del verdadero origen de la lucha libre en el mundo. Quizás eso ayudaría al lector poco conocedor de la lucha libre a entender el porqué la existencia de un deporte que requiera contacto físico y lo llevaría a saber de dónde salieron los movimientos básicos de este deporte, o bien en qué consiste “la toma de referee” y, en general, lo que es el llaveo y el contra llaveo. Más aún, serviría, quizá, para entender por qué un deporte que era tomado con tanta seriedad por los griegos, se pudo adaptar a las condiciones de un deporte-espectáculo y sobre todo, su enraizamiento dentro de una cultura como la mexicana, donde la lucha libre no debe ser una de las explicaciones y/o consecuencia de la falta de identidad, sino ser vista como parte de ésta.

De igual manera, cuando se habla de las empresas de lucha libre mexicanas –dentro del prólogo– se carece de algunos datos relevantes que harían luz sobre la organización y los avatares empresariales del deporte en México.

Uno de esos datos es aclarar qué es la Empresa Mexicana de Lucha Libre (fundada por Salvador Lutteroth en 1933) y qué el Consejo Mundial de Lucha Libre (en teoría una alianza de promotores fundada en 1991). También falta hablar de las empresas como AULL (Alianza Universal de Lucha Libre) y IWRG (Internacional Wrestling Revolution Group) y su papel en algunas “innovaciones” dentro del deporte-espectáculo –como el uso de un tema musical específico para cada gladiador y el juego de luz y sonido, que originalmente fue implementado por la IWRG–, y no adjudicar todo a la empresa Triple A, dirigida en aquel entonces por su fundador Antonio Peña.

Severo resulta el análisis sobre cómo funciona la logística de la lucha libre, pero la verdadera médula está en quién acude y disfruta del espectáculo. Mucho se había dicho sobre si los encuentros estaban “arreglados” o acordados entre los contendientes y los promotores. Incluso, hace aproximadamente un año, en televisión (Canal 9 de Televisa) apareció un programa de origen estadounidense en el que se decía que el referee era el intermediario para comunicarles a los gladiadores las últimas determinaciones sobre el encuentro, pero nadie preguntó al público si le importa o no, si lo sabía o no, si eso cambia su percepción o no.

Un libro como el de Janina Möbius puede resultar desmoralizador para los nuevos aficionados y poner en riesgo el respeto que todo deporte, espectáculo o deporte-espectáculo se merece por el trabajo y profesionalidad mismos que requiere hacerlo. Un gladiador, esté o no de acuerdo con el programador y sus otros compañeros, requiere de una formación especial, de una capacidad física impresionante; implica dieta minuciosa para desarrollar más musculatura que otros y al ser puestos y/o comparados en el mismo nivel que actores, puede provocar que muchos los llamen payasos y que, con la denotación que esto implica se les falte al respeto, pese a que no sea la intención de la autora.

Por otra parte, para un espectador que por observación ha ido dilucidando los movimientos de los luchadores y por lógica atiende la acústica de los mismos, puede resultar simplemente la confirmación de algo que ya tenía pensado.

Janina Möbius recalca en su libro que los involucrados en este espectáculo solemos mentir y decir que la lucha libre es verdadera usando como refuerzo de nuestro discurso la men-

ción de las lesiones y sangre que aparecen en un cuadrilátero; y en parte tiene razón: ella lo ve desde el punto de vista de la investigación, que tiene como requisito ser objetiva y decir la verdad. Nosotros, los que estamos dentro del deporte-espectáculo lo vemos como parte del constructor de un mundo específico dentro del deporte y sobre todo como parte de la cultura popular que tiene un lugar especial dentro de toda sociedad, al grado de adquirir la protección ardua de sus fieles seguidores.

Al inicio de este texto dije que la lucha libre es lucha libre y punto, del mismo modo pueden responder varios de mis colegas periodistas en lucha libre y algunos estudiosos del tema de la cultura popular como el mismo escritor Carlos Monsiváis –citado por la autora en varias ocasiones para tratar de argumentar la falta de identidad mexicanas cuando Monsiváis siempre ha separado la verdad o la falsedad de la cultura popular, pues ésta es la que construye la carencia de lo que tanto insiste Möbius que hace falta en nosotros los mexicanos: la identidad–, ya que lo que sucede arriba del cuadrilátero es verdadero, es una realidad que no tiene discusión, es porque existe, porque lo vemos, porque lo sentimos, porque nos hacemos parte de ello.

Aquí aplica lo que en mis primeros semestres de universitaria me enseñaron precisamente sobre la realidad de las cosas y la subjetividad de la objetividad misma. La realidad está en mí, en mi creencia. Los principios de verdad, la falsedad o la misma lógica quedan expuestos al grupo en el cual el individuo se desenvuelve; incluso el mismo Durkheim lo expuso cuando explicó en su teoría sociológica las reglas sociales del comportamiento humano. Lo mismo sucede con la lucha libre y su verdad y en sí con todo lo que es cultura popular.

Tanto la magia, el circo, la lucha libre y la misma religión requieren de un creyente y un profesante; donde la existencia de cada uno depende de la existencia del otro y a ninguno de los dos les importa la intromisión de un tercero mientras ellos dos crean en lo que quieren creer; y ésa es la realidad incluso hasta de los enamorados.

Insistente en las comparaciones y recurrente en la construcción de los personajes luchísticos con base en copias de unos ya existentes –o sea falta de identidad y/u originalidad entendido con otras palabras–, las comparaciones como “del Dandy al homosexual” o “De la Malinche a Miss Janett”, son

aciertos sólo en la construcción de la investigación y más cuando son ligados y explicados como parte de la identidad del mexicano en la evolución de una sociedad abierta, adaptable, pero sobre todo voluble a lo que pasa a su alrededor; sin embargo, creo que no tenemos tanta falta de identidad como se percibe en el fondo del texto.

Los mexicanos tenemos infinidades de costumbres y representaciones sociales al igual que otros países y sus respectivas culturas que a final de cuentas presentan mezclas con otras cercanas y crean su propia “originalidad” con características propias, tanto así que el mundo ya es completamente multicultural, aunque muchos no quieran aceptarlo.

Una muestra de ello es que la lucha libre, y en especial la mexicana, ha llegado a países de Europa, Asia, América Latina y ha generado tanto interés que personas lejanas a esta tierra “tan falta de identidad” lleguen y se instalen para aprender y volverse parte del mundo de la lucha libre nacional.

Ante textos como estos no queda más que seguir haciendo la lucha para reforzar a nuestra querida lucha libre. Que vaya (a las funciones) quien quiera ir, que las vea en su televisor quien quiera verlas, que crea quien quiera creer, al fin y al cabo la lucha libre mexicana seguirá siendo representativa y signo de identidad, tanto como el mole o la tortilla, de la cultura Mexicana. 🇲🇽

carimme_20@hotmail.com

* Janina Möbius, Y detrás de la máscara... el pueblo. Lucha libre, un espectáculo popular mexicano entre la tradición y la modernidad, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 2007, 450 pp.

